

« ¡Ay! amada María, que al ver á Jerusalem pronta á perderse recobraron sus ojos la facultad de llorar. Lloró por la ciudad santa; y, por última vez, llamó á sí á sus ciegos hijos. Mas no quisieron estos acogerse á la sombra de sus alas; y bajo los pórticos de Gabatha clamaron: *Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*. Empapóse el Gólgota en aquella preciosa sangre; y estremeciéronse los infiernos, comprendiendo que por ella queda redimida la especie humana. Mi pensamiento se levanta gozoso hasta el cielo, á donde bien pronto se elevará también glorioso nuestro Salvador; pero no puedo apartar los ojos del ara donde reclinó su cabeza coronada de espinas sobre su pecho entonces inanimado.

« Recuerda, ¡ó Magdalena! que nos ha prometido parecer ante nosotros. ¡O tú, á quien esperamos con santo terror y celeste alegría! ven, ven á nosotros.»

Y Magdalena prosiguió en voz mas fuerte:

« Ven, ¡ó tú que resucitas á los muertos, y eres manantial de vida! ansiosos te buscan nuestros ojos en las montañas y valles de la tierra; y te buscan también entre las nubes del cielo. Llega, llega, que tu naciente Iglesia<sup>1</sup> te espera como la desposa-

<sup>1</sup> *Comunidad*, dice la traduccion francesa. *Iglesia* me parece que explica mejor la idea de Magdalena. — T. E.

da al desposado. Futura Iglesia<sup>1</sup>, cuando á tu vez ingreses en la vida de pruebas, prosigue sin temor hasta la tumba, que allí te despertará el que es dueño de la vida; anda tu camino con la corona de ciprés en la mano, y el canto de triunfo en los labios.... »

Y entonces interrumpiendo su cantar súbitamente, exclamó:

« Mirad, mirad, amigos míos, como se llenan de peregrinos todas las sendas del Tabor; mirad como la nube de polvo que levantan sus pies crece y se acerca. Ya vienen, ya vienen los llamados á contemplar al Hijo del Eterno á quien su Padre va á glorificar. »

Y María prosiguió el salmo que en su alegría interrumpió Magdalena.

« Sí, el Eterno ha glorificado á su hijo, para que la naciente Iglesia adquiera contemplando la faz del Salvador las fuerzas necesarias á resistir el filo de la espada de la persecucion, ya pendiente sobre las cabezas de los fieles. »

Mientras así cantaban Magdalena y la madre de Jesus, acudieron al monte los ángeles y los resuci-

<sup>1</sup> *Futuras comunidades* (ó iglesias) hay en el original. He sustituido el singular al plural porque así, y sin alterar el pensamiento, queda mas conforme con el principio católico de la unidad é indivisibilidad de la Iglesia. — T. E.

tados, permaneciendo por entonces invisibles á los ojos de los mortales.

Elohá, apoyado en su arpa, escuchó embebecido la dulce voz de María; y David, que á su lado estaba en pie, rogó al Salvador que se dignase acceder á las tiernas súplicas de su madre.

Sucesivamente fué aumentándose el número de los fieles; llegaron todos los enfermos por Cristo curados; llegaron tambien los muertos que el Señor resucitó. Beor y Dileano, Joel y Samma, Berbeson, Bethoram y Tabitha, Esteban y Josa, suben lentamente al Tabor; y sus ángeles custodios los siguen llevando las coronas que la eternidad les prepara. Delante de Porcia camina el joven Neftoa, sembrando de tiernas hojas, y apenas abiertas flores, la senda que entrambos siguen, y de vez en cuando volviéndose á mirar á la noble Romana con la sonrisa y candor propios de la inocencia. Porcia, que nunca tuvo la dicha de ser madre, imagina que el cielo le ha enviado aquel niño que la guía para consolarla.

« ¡Cuan bello es el camino por donde me traes, y cuanto te amo, niño encantador! » dijo la Romana á Neftoa.

« Tambien yo te amo, Porcia; pero cuando los cedros y las palmeras de los cielos nos den sombra, cuando la eterna primavera nos bañe en sus suaves perfumes, entonces te amaré mas aun. »

Entonces encontraron á José de Arimatea y á Nicodemo, quienes, saludándole con las palabras de paz y de amor que el divino Maestro les habia enseñado, condujeron á la esposa del Pretor y al niño que la acompañaba al punto donde estaban las santas mugeres.

Así que la madre del Mesías vió á la noble Romana, cantó á su divino Hijo este salmo:

« ¡Tu misericordia, Salvador del mundo, no tiene límites! ¡Gloriosa será la nueva Jerusalem! é innumerables sus moradores! ¡Las mas altas montañas le servirán de base, y las estrellas del cielo serán sus luminares! Vuela, lánzate, pensamiento mio, y sondea las profundidades del porvenir. Celestial felicidad, inunda mi alma; porque veo al nucleo de los cielos germinar y convertirse en un arbol magestuoso, cuyas ramas se extenderán por toda la tierra. ¡Cuan infinita es tu misericordia, divino Resucitado! »

Y cayendo María en santo éstasis, espiraron las

\* La nueva Jerusalem es la iglesia de Cristo. San Juan, en su Apocalipsis, las designa bajo ese nombre, y todos los escritores sagrados le han seguido. No procedió arbitrariamente el Evangelista, pues que habiendo sido Jerusalem asiento y hasta símbolo material de la ley antigua, cuando la nueva vino á reemplazarla, regenerando al género humano, parecía natural tambien que en el estilo alegórico de los santos libros se diese el nombre de *Jerusalem nueva ó regenerada* á la comunidad de los fieles. — T. E.

palabras en sus labios; escapóse de sus manos el salterio.

Mas de quinientos fieles, destinados todos al martirio, se han reunido por fin en la cima del Tabor; y Lázaro, habiéndolos contado segunda vez, les dijo con acento de celestial inspiracion:

« Oidme, herederos de la luz, á quienes el Mesías ha congregado sobre el monte de la Trasfiguracion: no me está reservada igual dicha que á vosotros; no derramaré mi sangre por Jesús; pero os precederé al Paraíso y plantaré las palmas con que los ángeles han de tejer vuestras coronas inmortales. ¡Gloria á tí, Mediador divino, que me reservas tan grato trabajo! ¡Gloria á tí, Mediador divino, que preparas á los primeros de los elegidos una vida de penas y una muerte cruelísima, para que, fortificados los futuros cristianos con esos sangrientos testimonios, crean en tí, sin que sea necesario que nuevos mártires proclamen tu poder y tu gloria! »

Acabando de hablar hizo que se reuniesen los fieles, mandó á siete de los mas jóvenes que fueran á buscar pan y vino para celebrar en compañía de todos los congregados, y por última vez, el fraternal banquete de la nueva alianza.

Obedecieron apresurados los siete mancebos, y, postrándose los demas fieles, recibieron, por inspiracion de los ángeles y de los resucitados pre-

sentes, aunque invisibles entre ellos, aquel santo temor que se manifiesta con piadosas lágrimas.

Cuando Lázaro tuvo ya delante de sí el pan y el vino, levantó las manos al cielo, y oró en alta voz de esta manera:

« Hijo del Eterno, en el momento mismo en que uno de tus discípulos acababa de venderte, tomas-tes pan en tus manos, lo partistes, y, ofreciéndoselo á tus discípulos, dijistes: *Tomad, este es mi cuerpo que es dado por vosotros; esto haced en memoria mia.* Despues levantaste el caliz, bebieron todos en él, y tú les dijiste: *Este caliz es el Nuevo Testamento en mi sangre que será derramada por vosotros. Y cada vez que comais de este pan y que bebais de este vino, hacedlo en memoria mia.*

Recibieron los fieles de mano de Lázaro aquel sagrado símbolo de la pasion de Jesucristo, y, fortificada su alma con el espiritual alimento, mutuamente procuraron alentarse para el camino, santo sí, mas tambien erizado de angustias y dolores que ante sí miraban. Lázaro prosiguió fecundando el germen de religiosa exaltacion que en aquellas almas acababa de sembrar de esta manera:

« Cristo ha sufrido mas escarnio, mas oprobio, que ninguno de vosotros sufrirá nunca; y sin embargo consumó su obra. Cuando vuestras almas, abrasadas de sed, vayan ya á desfallecer bajo el peso de las angustias del martirio, el caliz de la

nueva alianza os dará nuevas fuerzas... Salúdame, ¡ó Madre bienaventurada! como á tí te saludó el angel cuando fué á anunciarte el nacimiento de tu divino Hijo; porque con él voy á reunirme... Todos os reunireis un dia con él, y en su compañía beberemos juntos en el rio de la vida eterna... ¿Cuándo sonará mi última hora? ¿Cuándo verá abrirse los cielos y mostrarme á Jesus sentado á la diestra de su Padre? Apíadate de nosotros, divino Mediador, tú á quien abandoné yo mientras por salvarnos á nosotros yacias bañado en sanguinolento sudor entre el polvo del valle de Getsemani... ¿Hasme condenado á que dos veces muera?... ¡Venga ese último sueño, al cual seguirá de cerca la mas bella de las auroras! ¿Donde están los ángeles enviados á la tierra para cantar la gloria del Mesías? Que vengán á unir su voz con la mia... Las tinieblas se disipan, la noche se deshace para mí y para tí, Elkanan, y para todos los que padecen resignados, dando testimonio de la gloria del Salvador á todas las criaturas de la tierra...

María, interrumpiéndole, exclamó :

« Hijo del Eterno, yo te he dado á luz, yo he cantado tu muerte, yo he cantado tu resurreccion en la tierra; cuando á tí me llames, cantaré tu gloria en los cielos. »

Jesus ha oido á todos, y, aplaudiendo á tan santo éstasis, se presenta tambien á los ojos de todos;

la realidad del cielo reemplazó en los corazones de los fieles á las deliciosas esperanzas de la fe.

Cuando, despues de un largo camino, en medio de aridos y abrasados desiertos, encuentra el viajero, bajo la fresca sombra de algun arbol, la cristalina corriente de un manantial, arrójase al agua bebiendo con tal ansia que parece imposible que su sed llegue á apagarse; y de la misma manera así los discípulos como las santas mugeres tienen clavados los ojos en el rostro del Mesías, sin acertar á separarlos de aquella fuente de celestial bienaventuranza. Jesus rompe por fin el silencio diciendo :

« La paz sea con vosotros, hijos míos : en el reino de mi padre hay pacíficas moradas que voy á haceros preparar, porque quiero que despues de la muerte todos seáis conmigo. Si me amareis y observareis mis mandamientos, rogaré á mi Padre que os envíe el espíritu de la verdad. Ved que no os abandono como al morir abandona una madre á sus huérfanos hijos, sino que he vuelto á vosotros, y seré vuestro guía hasta introducirlos en la vida eterna, á vosotros que me amais, y á cuantos me amen y sigan mis mandamientos me mostraré. »

Los ojos de Elkanan acaban de abrirse á la luz; ve al Mediador, se postra y le adora. Jesus prosigue diciendo á los suyos :

« Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; mi padre es el viñero que podará aquellas ramas que no vea cargadas de fruto abundante y sazonado. Entre todos, os escogí á vosotros para que lleveis los mas bellos de los frutos de la eternidad... Voy á repetiros mi universal precepto, el que particularmente os encomiendo: « *Amaos los unos á los otros*; » y mi paz será con vosotros, paz mas preciosa que la de la tierra; en ella hallareis fuerzas para resistir al odio y á la persecucion; porque odiados y perseguidos sereis como lo fuí yo tambien. »

Pronunciando estas palabras desapareció.

Cuando de su éstasis se recobraron, vieron los fieles que en el lugar que el Mesías habia ocupado, se hallaba Neftoa como sumido en dulce sueño; mas cuando con objeto de que de su gozo participase fueron á despertarle, vieron que el bienaventurado niño habia muerto.

« Andad, amigos mios, clamó Lázaro, apresuraos á coger flores, mientras yo le abro una sepultura. »

Así que el hoyo fué bastante profundo para contener los mortales despojos de Neftoa, depositó Lázaro suavemente allí el cadaver del niño, y despues de cubrirlo con las mas bellas flores que crecen en la cima del Líbano, se apartó lentamente de la tumba. Siguiéronle los demas fieles volvien-

do todos con frecuencia la vista al fúnebre monumento pero sin derramar una lágrima, pues desde que han visto á Jesus, la muerte es para ellos un beneficio, y el sepulcro puerta de ingreso á la vida eterna.

Juntos han descendido los *setenta* del monte Tabor y juntos han llegado á un bosque de palmeros que toca en su falda. Allí encontraron á algunos de los discípulos que no habian ido al lugar de la trasfiguracion y á quienes refirieron con palabras de fuego cuanto acababan de ver. Exaltado con aquella relacion, Santiago, el hijo de Zebedeo, esclamó con entusiasmo:

« Tambien nosotros le veremos en toda su gloria. Tambien vendrá á nosotros: voy á buscarle. »

En vano sus amigos procuran detenerle: sin atender á sus razones asciende al monte y arrodillándose encima de una peña que sobre el valle se inclina, levanta los brazos al cielo y clama:

« Divino Salvador, no subas aun á tu Padre, sin satisfacer el ansia que de contemplarte tengo: si hallé gracia á tus ojos dignate pasar á la sombra de esta peña, que yo me retiraré al fondo de la caverna que el tiempo abrió en sus entrañas, y desde ella te seguirán de lejos mis ojos. »

Apenas habia acabado de hablar vió á Cristo á su lado, quien haciéndole levantar despues de bendecirle bajó con él encaminándose al bosque

de los palmeros. Viéronle los demas apóstoles mas que nunca hasta entonces resplandeciente en su gloria, y quisieron salir á su encuentro ; pero habiéndoles mandado un angel que le esperasen donde estaban hiciéronlo así ; y entre tanto llegaba el Señor se preguntaban unos á otros sin concierto alguno de esta manera :

« ¿Te acuerdas del dia en que viles asesinos cargaron, á nuestra vista, sus manos de sacrílegos hierros? — ¿No es la blanca y brillante túnica que viste la misma con que Herodes le espuso al pueblo para que le escarneciese? — ¿Habrà, por desdicha, sonado ya la hora de la mas cruel, de la mas terrible de las separaciones? — Paréceme ver que montes y collados saltan de alegría, que los bosques se regocijan, que los dorados rayos del sol son mas brillantes que nunca, que el azul del cielo es mas puro y diáfano que jamas lo ví : todas las bienaventuranzas del cielo tienen su asiento ahora en mi corazon, y vosotros llorais! »

Súbito guardaron respetuoso silencio, porque Cristo se halla en medio de ellos y dice :

« Paz con vosotros, hijos míos : pronto dejareis de verme en la tierra ; ya no volveré á partir con vosotros ni el panal de miel ni los otros manjares que os complaciais en prepararme : mas en las moradas de la paz eterna volvereis á reuniros con vuestro Mesías, y allí con él y con los patriarcas de

la *nueva alianza*, celebrareis banquetes que ninguna idea de separacion vendrá á entristecer. »

Y rodeado por los numerosos testigos de su magnificencia que han venido á doblar la rodilla en el polvo, póstrase Cristo y ora de esta manera :

« Llegado es, Padre mio, el instante por tí señalado, para mostrar á tu hijo en toda su gloria. Tú me has dado, Señor, á todas tus criaturas mortales, para que yo abriese sus ojos á la vida eterna, que consiste en conocerte y servirte. Pues en la tierra te he glorificado cumpliendo tus decretos, tú me devolverás á tu diestra aquella corona que ya era mia antes de que la creacion saliera de nuestro pensamiento. Los hermanos que me has dado saben que cuanto les enseñé de tí procede y que por disposicion tuya he venido á instruirlos : ahora, Señor, para ellos te imploro ; tuyos son porque la posesion de cuanto existe es tan tuya como mia. Haz que sean fieles á mi ley ; haz que formen siempre una congregacion de hermanos. Mientras he sido hombre como ellos lo son, velé por la salud de sus almas... á uno solo de mis elegidos perdí... era preciso que se cumpliesen las profecías. Mas no solo por mis discípulos te imploro, sino tambien por los innumerables hijos que á nosotros traerá la santa elocuencia de los primeros. Ya por mi sangre están antes de nacer redimidos, y á todos los he amado con igual amor : estén pues

siempre conmigo y en mí para que participen de la gloria de que tú me circundaste antes de crear los cielos. A tí, el mas justo y el mas amado de los Padres no te comprende el mundo ; mas yo, que sí te conozco. He revelado á tus criaturas el misterio de mi vida y de tu divinidad, para que penetrando en ellas el mismo amor que á tí y á mí nos une desde la eternidad, sean su alma enteramente de su Salvador. »

De esa manera, bajo los rayos que de él mismo emanan, ora y suspira Jesus y despues desaparece.

Cuando bajo las sagradas bóvedas del templo, une el mortal piadoso su pensamiento á los solemnes ritos con que la iglesia celebra la resurreccion de Cristo, parécele que su alma, llevada en alas de la santa armonía de los solemnes cantos, se eleva hasta el pórtico de los cielos : y sin embargo no experimenta ni una pequeña parte del enagenamiento que los apóstoles, mientras que Cristo, radiante con todo el esplendor de su gloria, oraba entre ellos.

Sin levantarse del suelo siguieron los discípulos á su Maestro con la vista, hasta que desaparecieron completamente á los luminosos destellos que Cristo dejó en pos de sí ; y entonces levantándose dejaron las palmas de Getsemani, para encaminarse á Jerusalem. Habianse olvidado, los ángeles que los acompañaban, de velar su resplendor, mas no por

eso los veian los apóstoles, pues iban enteramente absortos en el recuerdo de la reciente aparicion del Mesías.

Juan, que de sus compañeros se habia separado, siguiendo una solitaria senda, procuraba con humilde temor sondear los abismos del porvenir : pero no siendo aun su espíritu capaz de discernir los caminos que en ellos trazara la mano de la Providencia, entregábase á santas visiones que le hacian presentir las celestiales bienaventuranzas. Mas á pesar de las inefables delicias que aquellas visiones le causaban, conocia el discípulo que todavía no le habia hecho el Eterno subir el primero de los escalones del tabernáculo. Acompañábale Salem, su angel custodio, conociendo su agitacion y compadeciéndole : pero viendo que el discípulo se aletargaba comprendió que le protegía un poder al suyo superior y separóse de él en rápido vuelo.

Al despertarse Juan vió á su lado á la madre del Mesías, y le dijo :

« El cielo es quien te trajo á mí, ó María : escucha la relacion del sueño que mi divino maestro acaba de enviarme. Hallabámonos todos reunidos en mi morada hablando del porvenir con toda la simplicidad de nuestros amantes corazones ; ninguno de nosotros queria obligar á sus hermanos á que adoptasen sus opiniones y presentimientos :

pero todos deseábamos con ardor la muerte, pensando en nuestra propia salud y no en la del género humano. Abrasados los labios, y con el báculo en la mano prontos á partir, anhelábamos dejar la tierra para ir á aplacar nuestra sed, en presencia de Cristo, en el rio de la vida. Repentinamente un sople terrible como el de la tempestad, haciendo que se estremeciese mi cabaña, pasó por nosotros, y nuestras lenguas se convirtieron en llamas celestes que iluminaron nuestros entendimientos, dieron calor á nuestros corazones, y nos dilataron el alma. Entonces nos sentimos con fuerzas para esperar la muerte hasta que encanecidas por los años nuestras cabezas recibieran la corona del martirio; y animados de tales sentimientos nos dispusimos á correr el universo para predicar la ley de Cristo y aumentar el número de sus elegidos. »

Mientras Juan hablaba así; le escuchaba la santa Virgen sumida en éstasis religioso.

La lira de Sion, circundada de sus mas brillantes estrellas acaba de volverse hácia el santuario de los cielos; y los cielos reconocen aquel signo que les anuncia el próximo regreso del Hijo del Eterno.

Sabian los discípulos que su maestro iba pronto á separarse de ellos; y en vano procuraban sacudir la tristeza que tal certidumbre les inspiraba.

Tadeo, mas que ninguno de ellos afligido, se lamentaba amarga y continuamente; y no le basta para consolarse la evidencia de que Jesus regresa á las moradas de la dicha y paz eternas; porque ignora en qué momento volverá á unirse con el maestro á quien ama con todas las fuerzas de su alma. En su desesperacion ruega á los muertos que le digan cuando llegará aquel momento, mas santo y dulce que cuantos ha visto correr entre los vagos albores de la mañana, que cuantos la noche envuelve en su embalsamado manto y embellece la luna con su argentada luz: pero los muertos se muestran sordos á sus ruegos.

Tomás inspirado, sin comprenderlo él mismo, por Jesucristo, condujo á los apóstoles y á los setenta al valle de Getsemani, y al pasar todos por el parage donde tanto padeció el Salvador la víspera de su muerte, viéronle con asombro en medio de ellos. Sin osar hablarle, siguiéronle por una escarpada senda al monte de los Olivos, mas con frecuencia volvian la vista hácia el Gólgota y al abierto sepulcro; uno y otro objeto les hablaban elocuentemente, pero el último en particular derramó en sus almas celestial consuelo, recordándoles que de allí habia salido Jesus para reunirse con sus fieles amigos.

En la cima del monte de los Olivos se han congregado los ángeles que acompañaron á Cristo du-



rante su peregrinacion por la tierra, así como las almas y resucitados que le asistieron en torno de la cruz cantaron sobre su sepulcro : á todos se les juzgó dignos de componer el triunfal cortejo del Ungido al regresar á la diestra de su padre. Entre aquellos bienaventurados se encuentra Elohá, mas no partirá con ellos, pues la voluntad suprema le ha nombrado custodio de la tierra que la sangre de la redencion ha libertado del anatema que la oprimia á causa del pecado de Adan. Las felicidades que los celestiales siglos preparan al orbe confiado á su custodia, han sumido al mayor de los seráfines en delicioso éstasis; y ya en su pensamiento se sonrie con el adolescente de los cielos predestinado á presentarle la trompa cuyo atronador acento ha de despertar á los muertos de todas las generaciones.

Llegaron Jesus y sus discípulos á la cima del monte, donde la suave brisa del naciente dia reanimó á los fieles, halagando sus mejillas, abrasadas por el ardor de la dicha que les enagena y anonada; dicha estraña á la naturaleza humana, y que sola la presencia del divino Maestro puede hacerles soportable. No hay idioma en la tierra, no hay en los cielos mismos armonía capaz de explicar la magestad de Cristo en aquel momento supremo.

Desde los mas remotos astros hasta las inflamadas olas del camino solar, por cuanto, en fin, al-

canzan los ojos de las criaturas de Dios á contemplar los orbes que giran en el espacio, los espíritus ora revestidos de nubes, ora de vapores diáfanos, ya de fuego, ya de arcilla como los hombres, todos, todos y en todas partes fijan la consideracion y el pensamiento en el divino Redentor. A todos los ve Elohá, y á todos los contempla sonriéndose; despues se postra á los pies de Jesus, depone allí la corona centellante que ornaba su frente, y adora al Hijo del Eterno. Cristo le bendice en su pensamiento, tiende á sus discípulos los brazos y esclama :

« No salgais de Jerusalen ; esperad allí el cumplimiento de la promesa de mi Padre cuando vivo salí del sepulcro. Juan el Precursor bautizó con agua, de fuego será el bautismo del Espíritu Santo, y ese recibireis vosotros mis elegidos. Dentro de pocos dias se cumplirá esta promesa. »

Preguntó entonces uno de los discípulos al Señor si al cumplirse su promesa, se levantaria de su abatimiento el reino de Israel, y fuéle respondido que no era dado á los mortales penetrar los designios de la Providencia. Despues de esto, trasladándose el espíritu del Salvador á Betania, fué Lázaro trasfigurado, y un angel le condujo al monte de los Olivos para que tambien fuese de los que acompañaran á Jesus en su ascencion á los cielos.

Jesus habló de nuevo á sus discípulos, y dijo :

« Sí, recibireis al Espíritu santo; él descenderá sobre vuestras cabezas y os inspirará fuerzas suficientes para dar testimonio en Jerusalem, en Judá, en Samaría, y en todas las regiones de la tierra, hasta el fin de los tiempos. »

Y aproximándose á los apóstoles, los miró con infinita bondad; tendió sobre ellos las manos, y prosiguió:

« Dios os guarde y proteja: dignese iluminaros, y sea su gracia con vosotros; nunca se aparte su vista de vosotros, y al fin os dé su eterna paz. »

¡Cielos y tierra, bien lo sabeis, cuando hubo así bendecido á sus apóstoles, terminó el Mesías su obra en este valle...

Desde las mas elevadas regiones de lo infinito descendié una nube, se acerca, circunda al Mesías, y vuelve á subir con él....

Con la vista le siguen los fieles <sup>1</sup>, y el sentimiento que entonces enagenaba sus corazones, lo experimentaremos nosotros cuando la misma nube

<sup>1</sup> Imposible nos es, pues que la ocasion se presenta, dejar de decir que en castellano tenemos una oda á la Ascension del Señor, que no solo es la perla de nuestra literatura, sino ademas una de las mejores, sino la mejor, que á tal asunto se haya escrito en idioma alguno. Aludimos á la celeberrima oda del maestro Leon, que empieza:

*¡Y dejas, pastor santo,  
Tu grey en este valle hondo, oscuro, etc. — T. E.*

que le acompañó á los cielos, vuelva á traérnosle á la tierra para juzgar á todo el linage humano.

Sobre la cima del monte de los Olivos estaban aun los apóstoles, cuando se les acercaron dos mancebos, vestidos de blancas túnicas; uno de ellos es el divino Elohá, el otro su amigo, el joven y amable Salem. La cabellera del primero resplandece, y su mano se apoya en un báculo de oro.

« ¿Qué esperais aquí, amigos míos? les dijo el mayor de los seráfines. Jesus, á quien acabais de ver subir á los cielos, será en adelante con vosotros donde quiera que os hallareis. »

Desaparecieron los dos inmortales, y los apóstoles, lleno el corazon de gozo y de gratitud, bajaron del monte de los Olivos.

En el templo, en Jerusalem, en sus moradas, siempre en fin están reunidos los apóstoles de Cristo, orando y esperando con temerosa confianza el bautismo del Espíritu Santo, que ha de darles fuerzas para cumplir con la sublime mision de dar testimonio al Universo entero de la gloria y poder del Mediador divino.

